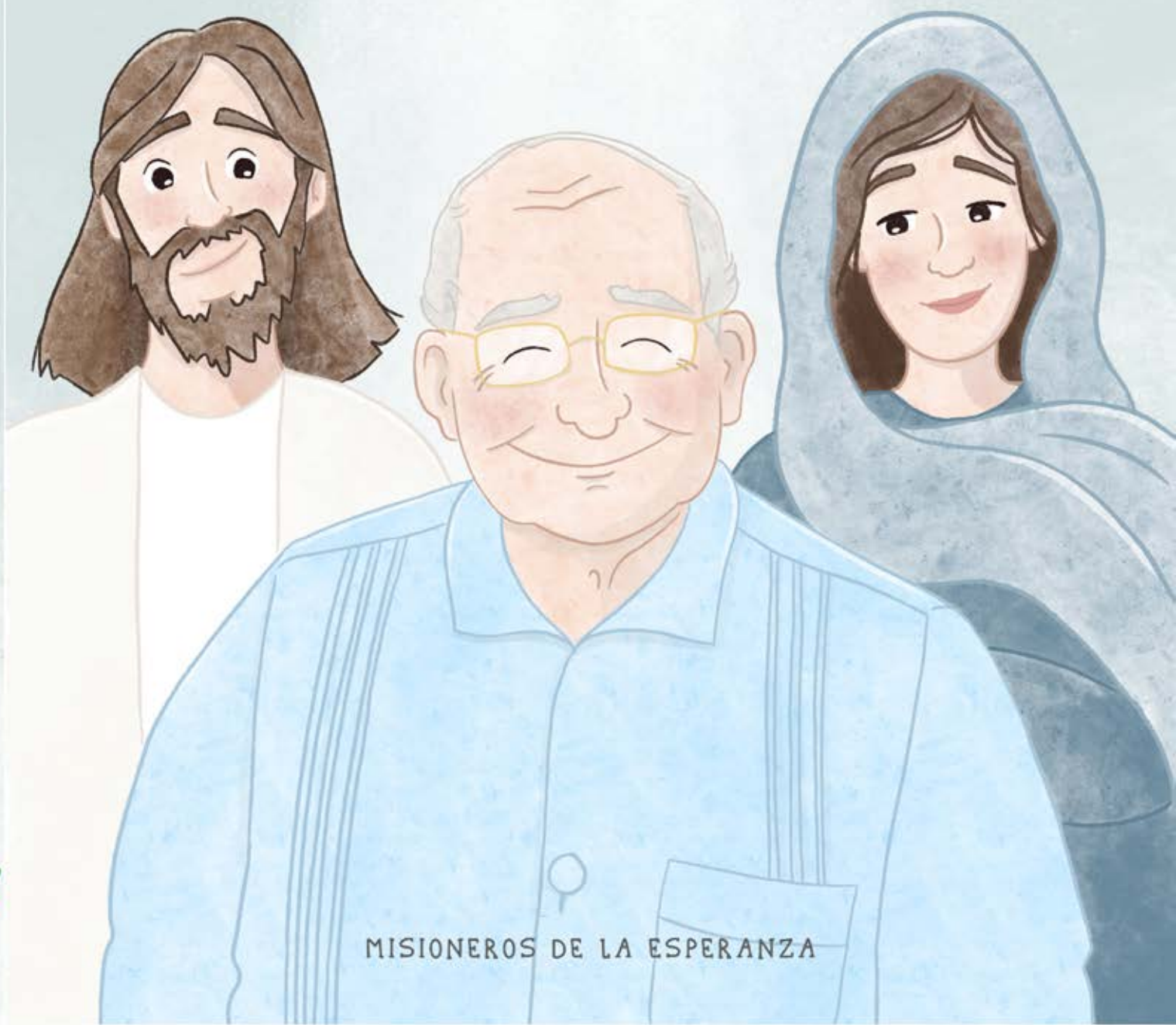


BIENVENIDO, DIEGO ERNESTO

JUAN CARLOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

Ilustrado por CRISTINA MAQUEDA GASILARI



BIENVENIDO, DIEGO ERNESTO

JUAN CARLOS MARTINEZ HERNANDEZ

Ilustrado por GRISTINA MAQUEDA GASILARI

Con este libro va mi homenaje a Diego Ernesto, padre y maestro en la fe de tantos y tantos niños y jóvenes. Esta obra es un intento por plasmar lo que tantas veces le escuchamos: "Quiero ayudar desde el Cielo a que la Iglesia y MIES sigan acercándose a los más pequeños para darles a conocer a Jesús y su Madre, María".

Bebiendo de la fuente de dos libros que me precedieron sobre la vida de Diego Ernesto: Una Luz de Esperanza y Un Legado de Esperanza, más mi propia experiencia y la mano de esta artista, Cristina Maqueda, ha salido este fruto, con mucha imaginación, pero también con muchas enseñanzas sobre cómo es Dios, tal y como lo aprendí de Diego Ernesto.

Animo a todos a su lectura y también a su divulgación para que muchos niños y jóvenes tengan la suerte de conocer a este hombre que se entregó por ellos durante su vida terrenal.

¡Gracias a todos y guerra al desaliento!

Juan Carlos Martínez, Misionero de la Esperanza.

ÍNDICE

LOS SANTOS LE DAN LA BIENVENIDA AL HOMBRE QUE ENTREGÓ SU VIDA.....	11
NACE EN SEVILLA UN ARTISTA DE MARAVILLA.....	19
AL DESCUBRIR SU VOCACIÓN TOMÓ UNA DECISIÓN.....	31
MARÍA LE HABLA AL CORAZÓN Y ÉL RESPONDE CON ILUSIÓN.....	41
MIGUELITO MORENO, UN NIÑO "TELA" DE BUENO.....	49
DIFÍCIL FUE EL INICIO, SE SUPERÓ CON SACRIFICIO.....	57
NACEN SIN MÁS TARDANZA LOS MISSIONEROS DE LA ESPERANZA.....	67
LA OBRA MIES SE EXTENDIÓ Y LA IGLESIA LO APLAUDIÓ.....	73
LA VIDA EN EL CIELO ES TODO CONSUELO.....	85

**LOS SANTOS LE DAN LA BIENVENIDA
AL HOMBRE QUE ENTREGÓ SU VIDA**



¡BIENVENIDO, DIEGO ERNESTO! Así se podía leer en la pancarta que el grupo de santos organizadores de la Bienvenida al Cielo (comité de bienvenida) habían preparado con tanto cariño. Este grupo organizador lo formaban: La Presidenta (Virgen María), san Juan Evangelista, santa Teresita, san Juan Bosco, Carlos de Foucauld y san Francisco de Asís. Por delante de ellos se encontraba Jesús.

- ¡Ahí llega! ¡Ahí llega! -gritaron todos-. ¡Bienvenido al Cielo, Diego Ernesto!

De todos los presentes se anticipó Jesús y mirando a Diego Ernesto a los ojos, le dio un abrazo... Un abrazo de cariño (eterno). En ese momento Diego Ernesto rompió a llorar (no por pena, ni tristeza, ni dolor; lloraba de alegría, de gozo), se quedó sin palabras; toda su vida esperando a contemplar el rostro de Cristo y, por fin, había llegado el momento. Detrás intuía que había más gente pero él solo tenía ojos para Jesús.

Poco a poco, sin perder la sensación de completa felicidad, se separó un momento de los brazos de Jesús (por él hubiera estado así durante toda la Eternidad). Entre los que había detrás distinguió a la Madre de todos, la Presidenta del Comité de bienvenida, resaltaba, no por la corona con la que se la representa tantas veces, ni por el manto, ni por sus vestidos lujosos... la reconoció por ser la más sencilla, la más humilde y también porque fue la siguiente que se acercó a abrazarlo tras su Hijo, Jesús.

- Madre, ¡cuánto te he querido! -le dijo emocionado y temblando (del nerviosismo).

- Y yo a ti, Dieguito -le dijo con cariño-. Ven, te presentaré a los miembros de este grupo organizador de tu Bienvenida; han sido seleccionados para que te sientas acogido, aunque seguramente desearás ver a tus padres y a otras personas que llegaron antes que tú por Aquí, pero ellos serán los primeros en atenderte, vivir para siempre en el Cielo tiene su período de adaptación -dijo riendo la Virgen María.

- A algunos los conozco por las fotos y cuadros que les hicieron en su vida, pero a otros no sabré distinguirlos; por ejemplo, tú debes de ser Juan Evangelista, el hijo de Zebedeo -le preguntó con algo de duda.

- Correcto -contestó Juan-. ¡Cuánto bien has hecho en tu vida, Diego Ernesto, y cuánto bien hacen los Misioneros de la Esperanza a los niños y los jóvenes del mundo, qué Obra tan maravillosa!

- Mucho de lo que he hecho ha sido fijándome en ti, el más joven de los seguidores de Jesús, en tu figura como único apóstol, fiel hasta el final, y que acogió a María, bueno a ti Madre mía -dijo mirando a la Virgen con ojos todavía llorosos-. Y tú debes de ser Francisco, no sabes lo que aprendí de ti sobre cómo vivir la pobreza, el amor a todo lo Creado y la vida en comunidad.

- Pues sí, Diego Ernesto, ya vi cómo en muchos momentos de tu vida te fijaste en mí-, respondió riendo feliz el patrono de los ecologistas.

- ¡Y tú eres san Juan Bosco! Mi modelo de apostolado. A ti te conozco por las fotos... pero eres más alto al natural.

- ¿Cómo te va? -Le dijo mientras sacaba una pelota de ping-pong de su oreja-. Los misioneros de la Esperanza me quieren mucho, casi igual que

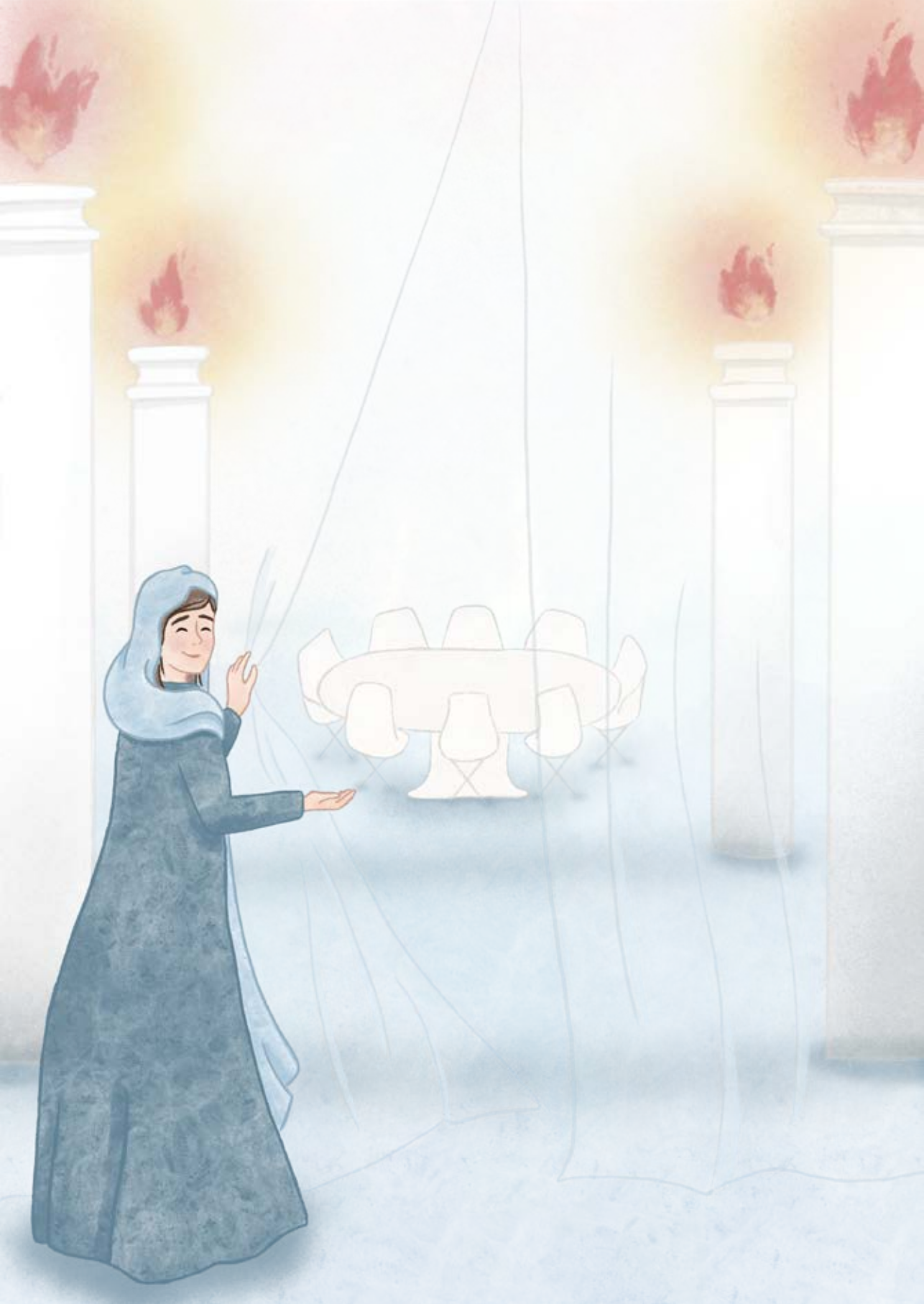
mis salesianos.

- ¡Oh, Teresita! Pinté tu rostro y descubrí tu caminito: ora, lucha y confía. Patrona de las misiones, cómo me hubiera gustado ser misionero, pero no pudo ser.

- Diego Ernesto, -dijo Teresita- recuerda que mi vocación fue el Amor y creo que la tuya también; al menos así lo has demostrado: fuiste misionero de otra forma.

- ¡Cómo Carlos de Foucauld! Se te reconoce fácilmente por tu túnica blanca con la cruz clavada en el corazón sobre el pecho. Y también por tu piel curtida en el desierto, tantos años allí de servicio a los tuaregs.





- Siempre buscando la Voluntad de Dios, en eso nos parecemos-, le respondió Carlos con voz profunda y alegre-, ahora ya estás Aquí, verás lo que vamos a disfrutar para siempre.

- Veo que te has presentado solo -dijo la Presidenta- nos conocías a todos y de cada uno has tomado en tu vida en cada momento alguna virtud, algún valor para imitar, nos has tomado como modelos y lo has transmitido a los niños y los jóvenes. ¡Eres un crack!

Ahora vamos a pasar a hacer lo que hacemos con todos los que vienen al Cielo y es repasar tu vida para destacar momentos importantes; de esta forma diseñaremos un pequeño libro con el cual el resto de habitantes del cielo te conocerá mejor. Todo el que llega al Cielo es acogido por un Comité de Bienvenida formado por seres queridos o personas que han significado mucho para él, y elaboran juntos ese libro. Así que pasemos a esta habitación y nos sentaremos todos en esta mesa redonda, iremos viendo poco a poco lo mejor de tu vida, Diego Ernesto, ¡hay tanto que contar! Pero haremos un resumen... ¿vale?

La habitación tenía las paredes transparentes, eran como cortinas invisibles, y la mesa igualmente parecida al cristal. En todo momento, desde su llegada, Diego Ernesto notaba una brisa suave pero constante, que refrescaba el ambiente y movía los ropajes de todos.

La iluminación de esta sala consistía en unas antorchas de fuego que curiosamente no se consumían y permanecían permanentemente con la misma intensidad.

- Me parece estupendo, Madre -le dijo Diego Ernesto-. Pero te adelanto que tu Hijo y Tú sois protagonistas especiales en mi vida. Los demás miembros del Comité han sido muy importantes pero no tanto como Vosotros: le habéis dado sentido a cada minuto de mi vida, sin duda.



**NACE EN SEVILLA
UN ARTISTA DE MARAVILLA**



- **B**ueno, empecemos por el principio, Diego Ernesto -dijo Teresita-. Tus padres se llamaban Andrés y Mercedes y vivían en Sevilla, tienes dos hermanos: Carlos, dos años más mayor que tú, y Fina, dos años menor. Naciste el 10 de junio de 1929. Tu padre (de origen inglés) no quería saber nada relacionado con la Iglesia ni la religión, así que se negó a que te bautizaran. Doña Mercedes se vio obligada a llevarte a bautizar a la parroquia de san Lorenzo a escondidas, sin que Don Andrés se enterara. En esa iglesia había una imagen de un Cristo muy famoso que a ti siempre te gustó: Jesús del Gran Poder

- Correcto -continuó Diego Ernesto-. Me crie en el barrio de la Macarena, en Sevilla. Allí todo se llama Macarena: el hotel, el hospital, el barrio, el arco de entrada, la basílica... aunque cuando yo nací no la habían construido todavía. Pero desde muy pequeño pude contemplar tu imagen, Madre (mirando a Ella con una gran sonrisa), mi madre se preocupó de que Tú fueras alguien especial para mí desde muy pequeño.

-Es cierto: esa imagen que me representa ha hecho mucho bien a muchas personas que se han acercado para pedir ayuda, consuelo, compañía... yo me siento muy bien representada en esa imagen, aunque hay tantas imágenes representándome... -dijo riendo la Virgen-, ¡he perdido la cuenta! Cada una de ellas intenta transmitir algo mío, algo vivido por mí como un regalo de Dios.

-Yo, desde muy pequeño, también descubrí un regalo de Dios en mí, un talento con el cual nací e intenté desarrollar durante mi vida: tenía visión y manos de artista. Tanto la pintura como la escultura se me daban muy bien, así que durante muuuchos años realicé numerosos cuadros e imágenes de Cristo, de Ti, Madre, de los santos y de personas cercanas a mí.



-A los pocos años toda tu familia se traslada a la ciudad de Málaga, donde vas a vivir la mayor parte del tiempo de tu vida terrenal -dijo san Juan Bosco-; tu papá encontró un trabajo de mecánico allí.

-Como veníamos de Sevilla (que no tiene mar), al llegar a Málaga lo primero que se propusieron mis padres fue llevarnos a la playa, en el mes de abril. Una tarde fuimos de excursión a la playa. Mis hermanos Carlos y Fina se metieron en el agua con cierta facilidad (debía estar bastante fría) pero yo estaba tiritando y me negué a acercarme a la orilla. Había allí un hombre encargado de ayudar a entrar en el agua a gente; mis padres le dijeron que hiciera algo para animarme a entrar... El hombre me cogió sobre sus hombros mientras yo gritaba como un loco y le tiraba de los pelos implorando que me dejara en el suelo y no me metiera en ese témpano de hielo... ¡jejejejeje! Fue la primera y quizá la última vez que me bañé en el mar, le cogí mucho miedo y eso me marcó para siempre; casi nunca me apuntaba a excursiones en la playa; y si lo hacía, no me metía en el agua.

Mientras Diego Ernesto contaba esta anécdota todos estaban riendo a carcajadas, especialmente Jesús, que estaba tirado en el suelo con lágrimas en los ojos, retorcido de risa... La vida de Diego Ernesto está salpicada de mil anécdotas graciosas, la alegría formó parte de su día a día.

-Pero no todo fueron alegrías en tu infancia, ¿verdad, Diego Ernesto? -le preguntó Carlos de Foucauld-. Cuando tenías siete años ocurrió una desgracia a todos los españoles, comenzó una guerra que viviste con mucho dolor, y con mucho miedo.

- ¡Ufff! Fue el peor momento de mi vida, cuando sonaban las alarmas por los bombardeos nos refugiábamos en la torre de la iglesia junto a mi casa (san Felipe Neri) y allí mi madre ponía a todos a rezar el Rosario.



Vi escenas de violencia, de dolor, de sufrimiento que un niño no debe ver nunca, me dejó traumatizado, tanto es así que cuando ya era mayor y había fuegos artificiales en la feria o en una fiesta yo me escondía debajo de la cama recordando los bombardeos. No podía escuchar ni un petardo.

-Como lo sabíamos -dijo san Francisco- no te hemos puesto fuegos artificiales cuando has llegado; lo solemos hacer con todos los que llegan al Cielo... ¡Esto es una fiesta para siempre!

-Pues os lo agradezco, ¡menudo susto me habría dado! Aunque aún estoy impresionado viendo tu rostro -dijo Diego Ernesto mientras miraba a los ojos a Jesús.

Mientras escuchaba su relato sobre la guerra, Jesús estaba más serio, algo emocionado con lágrimas a punto de salir de sus ojos.

-También tuve mala suerte con las enfermedades; me ponía malito con mucha facilidad, pero no hay mal que por bien no venga, pues aprovechaba esos días de reposo en la cama para pintar. Hacía dibujos de muchas cosas, me sentía muy a gusto porque no se me daba mal; soñaba con dedicarme de mayor a esto del arte.



-Bueno, y llegó un gran día, el día de tu comunión. Volvisteis a Sevilla para que te prepararan e hicieras la comunión muy cerca de donde estaba la imagen de la Macarena en aquellos años, en la iglesia de san Gil -dijo san Juan Evangelista.

-¡Oh, qué gran recuerdo! Me prepararon unas monjas, en un ensayo me dieron una hostia sin consagrar pero yo creía que sí estabas Tú allí y me sentí muy unido a Ti.

Jesús sonrió.

-El día de mi comunión tenía unas ganas locas de ver tu imagen, Madre, la de la Esperanza Macarena que hablábamos antes. Después de la misa y después de haber comulgado por primera vez, fui a la iglesia de san Gil a ver la imagen porque no la había vuelto a ver desde la infancia. Entré en la iglesia y vi un cartel donde ponía que habían trasladado la imagen a la capilla de la Universidad, en la otra punta de Sevilla, debido a que aún estábamos en guerra y la iglesia de san Gil estaba muy deteriorada.

Me entraron muchas ganas de llorar, quería ver esa imagen como fuera. Le dije a mi madre que me llevara, al principio se negó, pero tanto insistí y tanto lloré que al final cogimos un autobús y nos plantamos allí.

Iba muy ilusionado, pero toda esa ilusión se volvió decepción: habíamos llegado muy tarde y la puerta de la capilla estaba cerrada...Volví a ponerme a llorar; esta vez todas mis esperanzas habían desaparecido, me arrodillé delante de la puerta pensando que estaba allí, tan cerca.

Pero se notó tu mano, Madre. En esos precisos momentos llegó un obispo de un país sudamericano y le abrieron las puertas; me escabullí, entré y me quedé inmóvil, viendo esa imagen que tan bien te representa.

El obispo se quedó maravillado cuando se dio cuenta de mi presencia, y mi madre le contó toda la historia, se acercó a mí y me dijo: "Voy a pedirle a la Virgen de la Esperanza Macarena que algún día seas misionero en América".

-Esa petición se cumplió años más tarde -dijo san Juan Bosco.

-Fui tres veces a América a visitar a los misioneros, pero eso viene después.





**AL DESCUBRIR SU VOCACIÓN
TOMÓ UNA DECISIÓN**



Poco tiempo después regresáis toda la familia a Málaga, donde ibas a pasar tu juventud, siendo muy buen estudiante y creciendo tu talento artístico. Hiciste numerosos cuadros y esculturas, parecía que lo tuyo sería estudiar Bellas Artes -dijo san Juan Evangelista.

-Me encantaba hacer imágenes de barro o imitar cuadros de pintores famosos. A menudo pasaba horas encerrado en mi cuarto haciendo obras de arte. Aún así tenía mis amigos y cuando fui algo más mayor conocí a una muchacha, Maruchi, y nos hicimos novios. Ella era muy religiosa y pedía a Vosotros mucho por mí.

-Pero los planes de estudio que tenías no coincidían con los de tu padre, él quería que estudiaras la carrera de Comercio. – Comentó santa Teresita.

-Exacto, y en aquella época lo que decía un padre se cumplía aunque el hijo no quisiera. Odiaba las matemáticas, me costaba un montón comprender tantos números, fórmulas y problemas. Era una tortura para mí. Entré en la carrera de Comercio tal y como había decidido mi padre.

-¡Pobre, lo que te costó aceptar esta decisión! Pero te esforzaste y poco a poco ibas aprobando las asignaturas. Algunas con muy buenas notas -dijo con voz algo penosa la Virgen.

-Pero una de las asignaturas me la preparé de una forma especial, dedicando mucho tiempo, sacrificando mucho tiempo para sacar una

buena nota, el día que me dieron el resultado me di un chasco gigante. Había suspendido.

Maruchi me dijo que para superar mis penas hiciera una tanda de ejercicios espirituales que daban en la casa de espiritualidad de "Villa San Pedro", que acababa de abrir solo unos años antes.

Durante los días que duraron los ejercicios, la verdad, no sentí nada especial. Más bien deseaba que acabaran, porque no me estaban sirviendo mucho. Pero la última mañana, cuando me miraba en el espejo para afeitarme... surgió lo que menos me podía esperar. ¡¡¡Sentí la llamada a ser sacerdote y a dedicar mi vida para que los niños y jóvenes te conozcan!!!

Jesús, en este momento, sonrió guiñando el ojo con ternura a Diego Ernesto.



-Fue el momento que Dios Padre eligió; Él sabía que te vendría mejor, el momento para ofrecerte tu Felicidad. Ahora solo quedaba saber tu respuesta generosa, siempre es un riesgo, la libertad de las personas es así, pueden decir que sí, o decir que no. Los seres humanos son libres de aceptar o no la voluntad de Dios -dijo Carlos de Foucauld-. Yo también tuve mi momento en una situación parecida.

-¡Y yo! -dijo gritando san Francisco

-Cada uno tiene su momento de llamada, de conversión. Algunos como vosotros cambiasteis mucho; otros, no tanto -afirmó la Virgen con su sonrisa permanente en los labios.

-Para mí fue un vuelco en el corazón, lo tuve clarísimo. Di un SÍ total, sin condiciones, me confesé, y al salir de los ejercicios, Maruchi me esperaba con una gran sonrisa, me preguntó cómo me había ido, la miré con dulzura y le expliqué lo sucedido... No hicieron falta más palabras, ella comprendió que tu plan, Jesús, era que yo entrara en el seminario y por tanto, nuestra relación había acabado. Supongo que en aquel momento sería duro para ella pero pasado el tiempo todo se entendió.

-A veces algunas personas no llegan a comprender el plan de mi Hijo -dijo María -pero como bien dices, pasado un tiempo todo encaja y tiene sentido, es difícil para los seres humanos, pero el plan celestial es perfecto, esto no se debe dudar nunca.

-El primer mal trago había pasado, pero aún quedaba otro mayor: explicar mi decisión a mi familia, especialmente a mi padre (recuerdo que era antirreligioso en esos momentos, luego cambió). Se lo dije primero a mi hermana Fina y a mi madre. Mi hermana me abrazó llorando de emoción, mi madre creo que se alegró por dentro pero en seguida pensó en mi padre... ¿Cómo reaccionaría ante esta noticia?

Esa noche, una vez nos acostamos los hijos, doña Mercedes le dijo a don Andrés que su hijo Diego Ernesto iba a entrar en el seminario.

"¡¡Nooooo!!" -gritó horrorizado.

Yo estaba en la cama y me eché la sábana sobre mi cabeza para esconderme, me temía lo peor. Temblaba y la cama se movía con mis temblores de miedo.

- "¡Tú le has metido esas ideas en la cabeza!" -le decía a mi madre.

Todos reían en la mesa, de nuevo Jesús estaba partido de la risa...

- Lo pasaste algo mal, la verdad, tu padre te echó de casa y tuviste que instalarte en casa de tu amigo Alfonso Rosales, pero al poco tiempo tu hermana te dio el recado de que podías volver -le dijo san Juan Bosco.

-Pero siempre me sentí protegido por ti, Madre, nunca me sentí solo -continuó Diego Ernesto-. Al principio, tras mi regreso a casa, mi padre me ignoraba, no me hablaba, pero un día (mientras me comía de postre unos higos) me dijo que me iba a pagar el seminario, la sotana y todos los gastos (el higo que me iba a comer en esos momentos salió volando). ¡Milagro!

-Algo hicimos desde aquí -dijo riendo la Virgen.

Todos reían de nuevo; Diego Ernesto, también. Aún se frotaba los ojos mirando el rostro de Cristo y más aún cuando se reía a carcajadas... No se ajustaba a la idea que desde niño le habían transmitido sobre Jesús.

-Y llegó el momento de entrar en el seminario, fueron

años bonitos pero difíciles. No se comía mucha cantidad de comida y algún seminarista no lo tenía muy claro, la verdad -dijo santa Teresita.

-Desde el principio los formadores y compañeros descubrieron que tenías grandes cualidades artísticas y empezaron a hacerte encargos, a los que dedicaste mucho tiempo, lo cual no influyó en tus estudios, sacaste unas notas destacadísimas. Fuiste un estudiante ejemplar -dijo san Juan Evangelista.

-En especial fueron muy famosas tus pizarras con el dibujo del evangelio del domingo que encontraban los seminaristas todos los sábados. Sabías plasmar el mensaje de cada lectura y dedicabas mucho tiempo en elaborarlas -dijo san Francisco.



La pena es que cada semana se borraban, esperando los dibujos de la semana siguiente. alguna de aquellas pizarras se podrían haber enmarcado y expuesto en un museo -dijo Carlos de Foucauld.

- Recuerdo los años del seminario como algunos de los más hermosos de mi vida. Allí entablé amistades para siempre y también aprendí a ser sacerdote, aunque cuando me mandaban a las parroquias a hablar a los niños no tenía mucho éxito; mi madre decía que era una catástrofe... Pero algún consuelo encontré que me permitió animarme y continué mis estudios hasta ordenarme el 13 de mayo de 1956.

-Menuda fiesta hicimos Aquí -dijo san Juan Bosco-. Ese día en Málaga os hicisteis sacerdotes veinte jóvenes seminaristas. Esas sí que fueron buenas noticias.

-Al día siguiente, tras hacer uno de tus últimos exámenes, pasaste la jornada entera delante del Sagrario del seminario-dijo san Juan Evangelista-. Siempre dedicaste muchas horas del día a la oración ante el Sagrario.





**MARÍA LE HABLA AL CORAZÓN
Y ÉL RESPONDE CON ILUSIÓN**

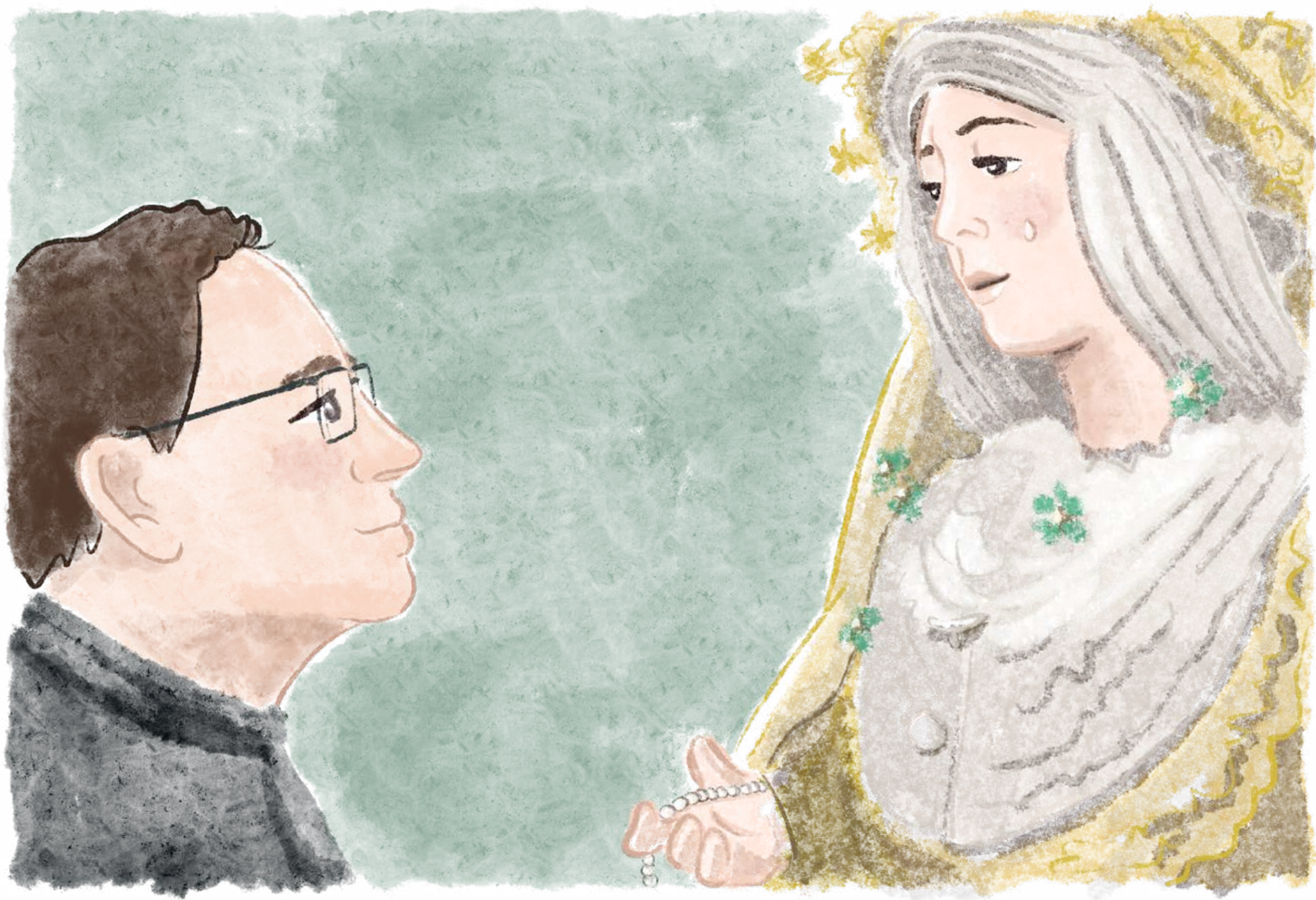


-Para tu primera misa solemne elegiste una iglesia y una ciudad muy especial para ti, la basílica de la Esperanza Macarena en Sevilla. La fecha fue el 12 de octubre de 1956 -recordó san Francisco.

-Pedí al padre Tineo, el cura que había casado a mis padres, que celebrara conmigo. En la lectura del Evangelio se leyó la resurrección del hijo de la viuda de Naim (Lc 7. 11-17), en esa lectura Tú (mirando a Jesús) vas a entrar en la ciudad de Naim pero te encuentras con el entierro de un joven, y su madre, ya viuda, llora la pérdida de su único hijo, Tú te acercas y le devuelves la vida al muchacho -contó Diego Ernesto.

Jesús fijaba la mirada en los labios de Diego Ernesto casi sin pestañear, mientras contaba aquella experiencia. Era una mirada llena de ternura, agradecida por el Sí de Diego Ernesto.

-Al acabar la Eucaristía me arrodillé debajo del púlpito de la basílica, justo delante de la imagen de la Esperanza Macarena, observé con detenimiento el rostro de la imagen y me dije: Tú lloras por el dolor de ver a tu Hijo en la cruz pero a la vez sonríes, porque tienes Esperanza en la Resurrección. Pensé que eres Madre, como aquella madre viuda que acompañaba al cadáver de su único hijo, y lloras como ella y tienes esas lágrimas sobre las mejillas, y me sobrecogió el sentimiento de hacer algo para quitar esas lágrimas de tu cara, algo para que no hubiera dolor por ver a tantos jóvenes



"muertos" por el mundo, sin una vida digna, sin sentido, sin alegría, sin felicidad. Me propuse en esos momentos hacer algo para que los jóvenes te conocieran, Jesús, y también a ti, Madre mía y de esa forma volverían a la vida y todo tendría sentido, porque el sentido de nuestra existencia eres Tú -contó con emoción Diego Ernesto.

Todos los presentes del Comité de Bienvenida estaban emocionados, con la piel de gallina. Esta experiencia de Diego Ernesto fue fundamental.

-En ese instante, supimos que era el momento propicio para hablarte al corazón -dijo María con gran emoción-. Así que me dispuse a explicarte sin palabras pero con mucho amor todo lo que esperábamos de ti y de la obra que tenías que empezar a construir, eras nuestras manos en el mundo. Niños y jóvenes pobres, pobres, pobres que necesitaban nuestra



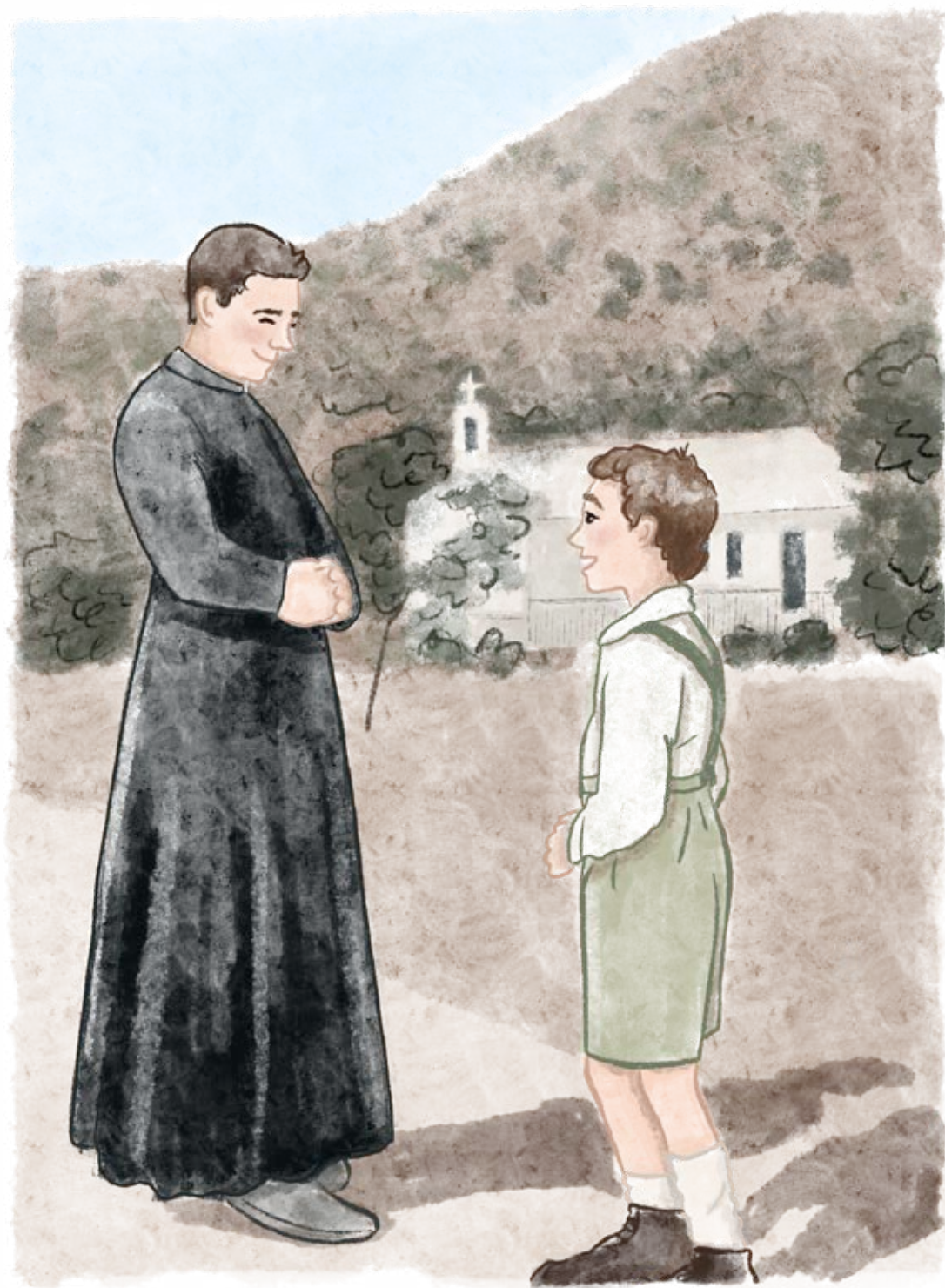
amistad, pero nunca llegarían a conocernos si tú y tus seguidores no se lo proponían. Niños y jóvenes que parecen muertos, sin vida porque nadie los quiere, ese es el objetivo: darles amor y explicarles cómo contactar con nosotros. No iba a ser fácil, te advertí, pero con esfuerzo y sacrificio se conseguiría.

-Intenté anotar todo lo que me venía a la cabeza pasando por el corazón, lo escribí todo en una agenda que luego revisaba a menudo para ver si iba dando los pasos en el sentido correcto o me estaba equivocando -dijo Diego Ernesto.

-Fue una experiencia clave, eras un sacerdote joven con toda la vida por delante, bien formado y con gran amor a Jesús y María -dijo Carlos de Foucauld-. La Obra que se te encomendó empezaba.

-La experiencia fue tan grande que esa misma tarde contacté con un grupo de muchachos de allí mismo, Sevilla, y tuvimos un par de reuniones. Pero ese inicio fracasó porque tuve que marchar para Málaga.

**MIGUELITO MORENO,
UN NIÑO "TELA" DE BUENO**



-**A**ntes de que el Obispo me enviara a un destino, fui a hacer misiones rurales a varios pueblos de la provincia de Málaga. En uno de ellos (Somera de Angostura) conocí a un niño que me impactó mucho, era muy especial, un niño santo: Miguelito Moreno.

-¡Miguelito Moreno! ¡Menuda fiesta le hicimos! –dijo admirada santa Teresita.

-Cuando llegábamos a los pueblos pequeños los niños al ver a un cura por primera vez les decían a sus madres: “mira ahí vienen las mujeres pelonas”-dijo riendo Diego Ernesto-. Como íbamos con la sotana con faldones nos confundían con mujeres, pero les chocaba que no tuviéramos el pelo largo.

Una vez más todos reían sin parar...

-Convocábamos a los niños y tras una charlita, uno a uno, todos se confesaban. Miguelito lo hizo como los demás, me cautivó su sinceridad y su forma de manifestar su Amor por Ti, Jesús. Era la primera vez que se confesaba en su vida.

- Pasados unos meses regresaste al pueblecito de Miguelito, lo recordabas y sentías muchas ganas por volver a verlo. Pero te diste un gran chasco porque el pequeño Miguelito no se acercó a confesarse, se había quedado en la capillita del pueblo rezando devotamente –comentó san Juan Bosco.



- Me acerqué a él y le pregunté la razón por la que no había venido a confesarse, él me dijo con toda la inocencia del mundo: "Cuando me confesé por primera vez hace unos meses prometí a Jesús que no volvería a cometer ningún pecado y yo he cumplido mi palabra, pensaba que no necesitaba confesarme más veces en mi vida".

Jesús asentía con su cabeza, era cierto lo que decía ese niño.

-Al poco tiempo recibiste una carta de su profesora –dijo san Francisco.

-En la carta ponía que había en la clase de Miguelito un niño algo gamberro, Frasquito, que hacía muchas travesuras. Un día Miguelito Moreno entró en la clase a la hora del recreo y sorprendió a Frasquito robando la hucha de dinero para las misiones. Frasquito amenazó a Miguelito y él no se chivó a la profesora. Durante un tiempo, el gamberrete no dejó de acosar a Miguelito y él no lo acusaba nunca -recordó san Juan Evangelista.

-Había una obra cerca del colegio, y para el transporte de materiales habían montado unas vías y una vagoneta; la profesora prohibió terminantemente a los niños que se acercaran, pensando en el peligro que suponía –añadió Carlos de Foucauld.

-Frasquito desobedeció a su profesora y empezó a jugar con la vagoneta. Miguelito intentó advertirle que era algo peligroso, pero el travieso muchacho lo ignoró, hasta que, sin darse cuenta, quitó el freno y la vagoneta empezó a moverse, cada vez a más velocidad, iba chocar sin remedio contra un muro... Pero Miguelito, viendo lo que estaba pasando, salió corriendo, montó en la vagoneta y lanzó a Frasquito fuera –dijo con gran emoción san Francisco.

-A Miguelito no le dio tiempo a salir, e inmediatamente le recibimos por Aquí –dijo la Virgen María.

-Frasquito, desde aquel incidente cambió su vida y fue un hombre honrado y siempre recordó a Miguelito Moreno –comentó santa Teresita.

-Era un niño santo, sin duda, - afirmó Diego Ernesto– estaba completamente seguro de que había llegado aquí, al Cielo.

-Gran fiesta hicimos en su llegada, lo mismo que el resto de niños que han llegado por aquí: san Tarsicio, san Ciriaco y santa Paula, santo Domingo Savio, Miguel Magone... -dijo San Juan Bosco-. Cuando llegan hacemos una especial fiesta de bienvenida.





**DI FÍCİL FUE EL INICIO,
SE SUPERÓ CON SACRIFICIO**



-**A**ntes de que me dieran mi primer destino, me ofrecí al Obispo para ir de misiones a Venezuela, pues en esos años estaba empezando la misión de Caicara del Orinoco a cargo de la diócesis de Málaga, y hacían falta sacerdotes, por lo cual algunos de mi curso ya se habían ofrecido.

-Pero tu ofrecimiento generoso fue rechazado. Por tu salud tan frágil no era conveniente que fueras a esas tierras. Tendrías que esperar para cumplir aquel presagio del obispo sudamericano el día de tu comunión delante de la Macarena –dijo santa Teresita.

-Desde Aquí Jesús vio conveniente que el Obispo te enviara a la parroquia de la Amargura, que estaba aún construyéndose. Mientras se terminaba la obra, las celebraciones religiosas y las catequesis se daban en una pequeña capilla llamada Virgen de Zamarrilla –dijo María.

-Fue un reencuentro para mí con la imagen de la Virgen de mi infancia y juventud. Esa imagen de la Zamarrilla había estado en la iglesia de San Felipe (justo al ladito de mi casa) y con ella pasaba mucho tiempo rezando a diario cuando era niño, le tenía mucho cariño. Pasado un tiempo la imagen fue llevada a su capillita original, donde me volví a encontrar con ella –dijo Diego Ernesto.

-Al llegar, me presenté al párroco, Don José Ávila. Yo me había propuesto no decir nada sobre mi deseo de evangelizar a los niños y jóvenes, preferí que se hiciera lo que la Providencia dictara, y tampoco quería que supiese

que no me gustaba el tema del papeleo y la administración de las parroquias.

-Don José te encargó la infancia y la juventud de la parroquia- dijo san Juan Bosco.

-Era lo que yo deseaba, siendo consecuente con lo apuntado en la agenda unos meses antes –dijo con alivio Diego Ernesto.

-Cuando Don José Ávila te dio la noticia, te daría un vuelco el corazón, ¿verdad? –preguntó San Juan Evangelista.

-Pues sí. Lo único malo es que cuando le pregunté dónde se reunían los niños y los jóvenes me dijo que no había ninguno en la parroquia en esos momentos, tendría que ir a buscarlos por el barrio.

-Eso, lejos de ser un inconveniente, se convirtió en un reto para ti. En esos momentos todos tus pensamientos, todas tus oraciones, todos tus esfuerzos, se dirigieron al único objetivo que cumplir: buscar a los niños para que conocieran a Dios –dijo san Juan Bosco.

-Había leído tu vida, Don Bosco, y me propuse imitarte: salí por las calles del barrio en busca de muchachos.

-Pero los primeros intentos no fueron un gran éxito, ¿verdad, Diego Ernesto? –preguntó sorprendido san Francisco.

-Bueno, tengo que decir que mi aspecto no era muy atrayente para los niños; mis cualidades deportivas eran escasas, no tenía aparentemente ningún rasgo o cualidad que pudiera ser un gancho para acercarme a ellos. Más bien era al contrario, algunos me insultaban o me decían cuervo (recuerdo que en aquella época los curas teníamos que ir vestidos siempre con una sotana negra), algunos incluso me tiraban piedras y otros simplemente se alejaban –contó Diego Ernesto con cierta emoción.

Cuando habla alguno de los santos él lo mira con atención pero cuando él empieza a contar su historia, prefiere mirar a Jesús o en otras ocasiones a la Virgen. Sus ojos se embelesan con el rostro de Cristo, el ansiado rostro perseguido durante tantos años por el artista que tanto buscó en todas partes...

-El caso es que tomé una decisión en mi interior, recordando lo anotado en la agenda tan solo unos meses antes; me dije: "¡guerra al desaliento!", y pensé un nuevo camino que tomar –continuó Diego Ernesto-. Me acerqué a un pequeño colegio cercano a la capilla de la Zamarilla y hablé con el director y le pedí entrar en una clase para dar una charlita a los niños e invitarlos a venir a mi casa para comenzar unos grupos de catequesis con ellos. El director me dio su permiso sin ningún problema y allí me planté delante de aquellos chicos.

-Estabas algo nervioso, pero dentro de tus cualidades, aparte de las artísticas, siempre has tenido una gran facilidad para hablar de mi Hijo y de mí misma a los niños y jóvenes, sabías hablar muy bien en público. Ya en el seminario cuando te enviaban a las parroquias a ayudar a los sacerdotes destacaste en esta materia –dijo María.

-Les contaste una historia sobre las cruzadas y les animaste a que ellos también podían ser cruzados, que tú ibas a preparar a los más valientes. Los invitaste esa tarde a las ocho –dijo con alegría santa Teresita-. Pero a esa cita no acudió ni uno solo de los entusiasmados colegiales. Nosotros no paramos de enviarte ánimos desde aquí, Dios Padre bendecía todos tus intentos.

-Volví a ir al colegio; todos estaban avergonzados por no cumplir con su palabra. Así que cambié de táctica, esta vez contacté previamente con el cabecilla, el líder de la clase y me lo fui ganando poco a poco en los

recreos -explicó Diego Ernesto-. Se llamaba Jesús Gil. Conversaba con él y le hablaba de las verdades de la fe. Pasados varios días lo invité a mi casa para tener reuniones y se comprometió a traer a seis niños más.

-Cumplió su palabra, empezaba la "Congre" -dijo con alegría san Juan Evangelista-. Tu casa se convirtió en el centro de reuniones de todos los niños del barrio.

-Compré un billar, libros de vidas de santos, y varios tebeos para que los niños se entretuvieran. Pensé que debería ser un lugar atractivo para ellos -recordó Diego Ernesto con voz nostálgica-. Los animaba a invitar a todos sus amigos y familiares.



-Tu casa estaba en un piso bajo, solo había que subir cuatro escalones -dijo san Francisco-. Estaba situada muy cerca de la parroquia de la Amargura que aún estaba en obras. No tenías muchos muebles, incluso durante algún tiempo usaste la mesa del billar como cama. Convertiste una de las habitaciones en capilla.

-Y modelaste una imagen de la Macarena en jabón -dijo san Juan Bosco-. No tenías mucho dinero pero todo tu tiempo casi en exclusiva lo entregabas a ellos.





-Había un cartel en la casa que ponía: "Guerra al desaliento". Siempre animando, siempre dando aliento, que nadie se agobiara. -dijo Carlos de Foucauld con voz profunda.

-Quería que el centro estuviera abierto a todos los niños del barrio, incluidos los del "Arroyo el Cuarto", que era un conjunto de chabolas junto a un arroyuelo seco en verano. Aquellos niños eran muy pobres, pretendí, y creo que conseguí, que todos se integraran sin importar la procedencia. Siempre dije que los centros infantiles deben tener unos brazos muuuuy largos para acoger a todos, especialmente a los más desfavorecidos. - Contó Diego Ernesto.

Jesús escuchaba entusiasmado toda la historia de labios de Diego Ernesto, se emocionaba recordando esos momentos tan duros y a la vez tan ilusionantes.

-Estos años iniciales los dedicabas a unir al grupo de los cruzados, que crecía en número de forma exagerada, y la casa se llenaba hasta arriba. Cada día tu puerta estaba abierta, los niños podían jugar, divertirse, hablar con los amigos, pero todos los días, a las siete, había una charla que tú les dabas, todos se quedaban a escucharte con atención -dijo emocionada la Virgen.

-Algo importante de este período de tiempo, al igual que el resto de tu vida desde la conversión ante el espejo, eran las horas que dedicabas a rezar delante del Sagrario. En un principio, en la capilla de la Zamarrilla, junto a una de mis imágenes, y después, cuando terminaron de construir la iglesia de la Amargura, ante el Sagrario que allí había -dijo con mucha ternura la Virgen María.

-Invitabas a los muchachos a hacerlo igual que tú, y cuando, unos años más tarde, empezaste a dar retiros de día completo, la iglesia de la Amargura se llenaba de jóvenes venidos de todos los puntos de la ciudad, no solo los del barrio-contó san Juan Evangelista.

-Porque hay que recordar que una vez el grupo de niños se consolidó, el párroco Don José Ávila te aconsejó que empezaras con los jóvenes del barrio. En poco tiempo tuviste un buen puñado de muchachos igual de fieles que los niños. Pensaste un nombre para este grupo -dijo Santa Teresita.

- Congregación mariana de la Inmaculada y san Gabriel de la Dolorosa. Elegí a este santo como modelo para los chicos porque fue un muchacho que murió joven entregando su vida por Ti, Jesús -comentó Diego Ernesto mirando a Jesús fijamente a los ojos-. Pero todos lo llamaban amistosamente "La Congre".

-Luego podrás verlo por Aquí, estuvo muy pendiente de ti toda tu vida -dijo san Francisco.

-Uno de los secretos del éxito apostólico fue que tratabas a los niños como si fueran adultos, les dabas responsabilidades desde muy pequeños. Ellos eran protagonistas de su madurez en la fe; se encargaban de avisar a los demás para que no se despistaran con la hora de la reunión, otros se comprometían con la limpieza del centro, algunos empezaron a dar reuniones breves... Poco a poco, pero siempre sintiéndose acompañados por ti, tú siempre presente entre ellos, animando en el camino de la vida -continuó san Juan Bosco.

NACEN SIN MÁS TARDANZA LOS MISSIONEROS DE LA ESPERANZA



-Los chicos van creciendo, algunos empiezan a estudiar en la Universidad, el número del grupo es cada vez más elevado. Había que dar una forma más seria a "la Congre", recuerdas la agenda escrita delante de la Macarena el día de tu primera misa –relató Carlos de Foucauld.

-Creí necesario iniciar una asociación, aunque no lo tenía nada claro, oraba a Ti, Jesús, por medio de Ti, Madre. Le daba muchas vueltas al asunto del futuro del grupo. Algunas parroquias de la ciudad pedían que se hiciera lo mismo que se había empezado en la Amargura –señaló Diego Ernesto.

-Empezaste pensando que los muchachos formaran una especie de congregación de monjes, todos célibes y entregados al apostolado infantil y juvenil- explicó santa Teresita.

-Luego cambiaste de opinión porque no veías claro que todos tuvieran vocación de célibes, así que empezaste poniendo un nombre algo raro: SPES JUNIORES –apuntó la Virgen María.

Diego Ernesto sonrió, contagiando a los demás con su sonrisa.

-Pero todos la seguían llamando la "Congre" –recordó san Juan Evangelista, mientras el grupo sonreía.

-Hasta que en el año 1967 comuniqué a todos que empezaremos a llamarnos desde ese momento "Misioneros de la Esperanza", (MIES).

Iniciamos así una nueva etapa, aunque seguíamos con la misma espiritualidad, el mismo estilo de vida cristiana, el mismo sistema apostólico, la misma entrega aún siendo tan jóvenes... -dijo con gran emoción Diego Ernesto.

-El Obispo de Málaga se alegra del ritmo de crecimiento de MIES entre los jóvenes de la Amargura, pero te propone la expansión de la Obra a otras parroquias donde animar el apostolado infantil y juvenil. Para ello toma la decisión de liberarte de estar en la parroquia, y entregarte en cuerpo y alma a esa expansión -dijo San Juan Bosco.





**LA OBRA MIES SE EXTENDIÓ
Y LA IGLESIA LO APLAUDIÓ**

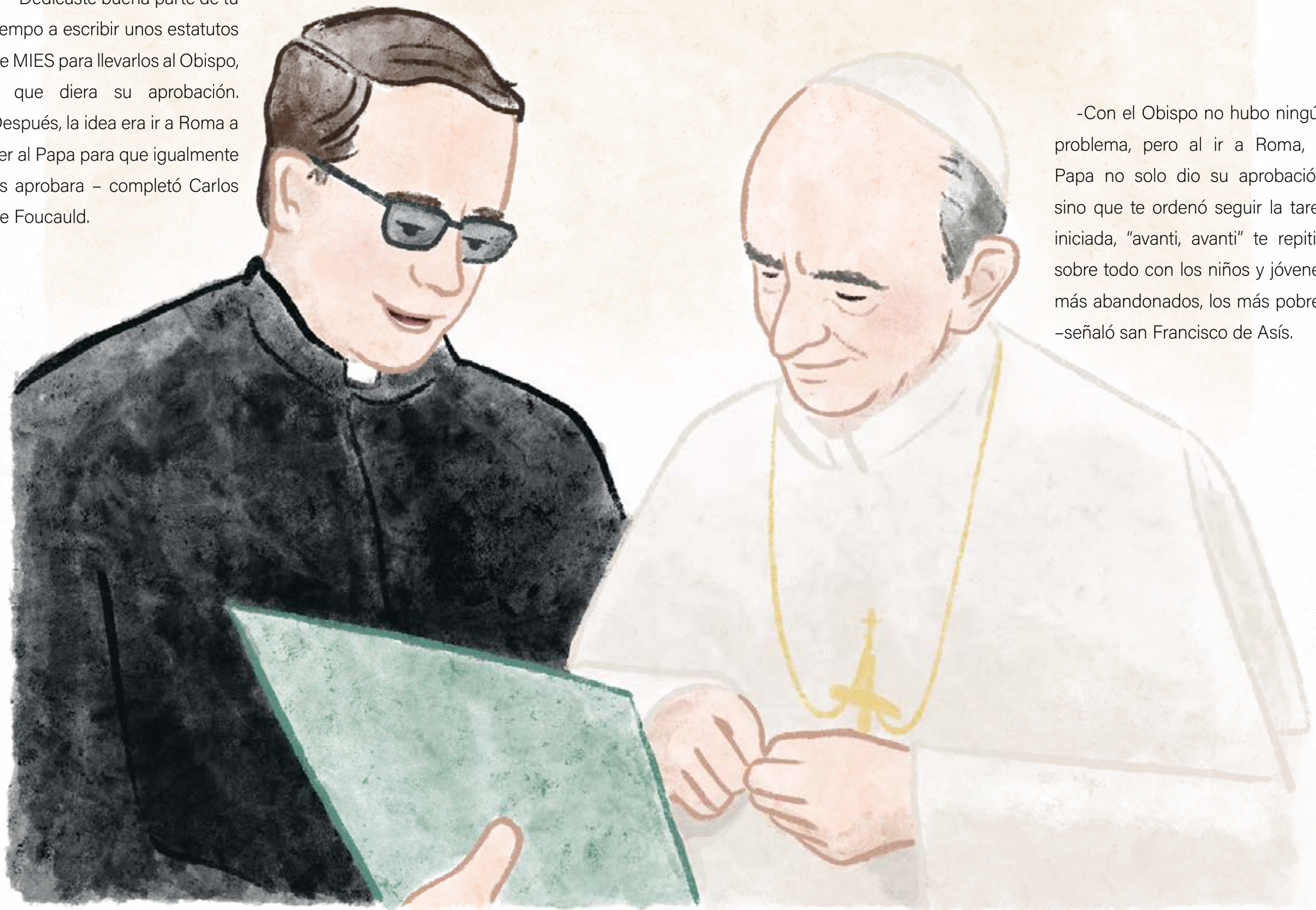
-Cambié de domicilio a otra casa en calle Mármoles (aunque no dormía allí porque era muy pequeña, iba a casa de mis padres todas las noches), algunos de los muchachos se quedaron en la Amargura, otros se fueron a abrir nuevos centros MIES en otros lugares de la ciudad y de esta manera se fueron uniendo más y más jóvenes -recordó Diego Ernesto.

Jesús asiente con la cabeza con todas estas explicaciones, su mirada se cruza con la de Diego Ernesto en bastantes ocasiones, una mirada cariñosa, comprensiva y a la vez, divertida.

-Aunque los centros funcionaban con independencia y los párrocos aprobaban nuestra presencia en sus salones, teníamos actividades comunes y, a pesar de que el número era cada vez mayor, todos nos conocíamos y seguíamos adelante unidos – continuó Diego Ernesto.

-Muchos de los primeros, unidos a otros que fueron entrando poco a poco, se fueron haciendo hombres y mujeres, y por ello iniciaste dos secciones dentro de MIES propias de personas más adultas: la sección de estudiantes y la sección obrera. La primera se encargaba de la presencia cristiana en los institutos y la Universidad; y la segunda, de todo lo relacionado con los problemas que pudieran surgir en los trabajos de estos jóvenes que ya no lo eran tanto, y que iban entrando en el mundo laboral -añadió María.

-Dedicaste buena parte de tu tiempo a escribir unos estatutos de MIES para llevarlos al Obispo, y que diera su aprobación. Después, la idea era ir a Roma a ver al Papa para que igualmente os aprobara – completó Carlos de Foucauld.



-Con el Obispo no hubo ningún problema, pero al ir a Roma, el Papa no solo dio su aprobación, sino que te ordenó seguir la tarea iniciada, "avanti, avanti" te repitió, sobre todo con los niños y jóvenes más abandonados, los más pobres –señaló san Francisco de Asís.

-Fue un empuje de energía, cada vez lo veía más claro. La agenda iba dictando sin darme cuenta todo lo que iba ocurriendo –añadió Diego Ernesto-. En los estatutos se hablaba de las reglas que definían a MIES como grupo de cristianos que querían ser santos, propagar la devoción a ti, Madre, el apostolado con niños y jóvenes (especialmente los más desfavorecidos), y la liberación integral de la persona desde la no-violencia. También hablaba de vosotros, los patronos y mentores de MIES, los que disteis vuestro toque especial a la espiritualidad de los Misioneros de la Esperanza.

En ese momento los miembros del comité de bienvenida (coinciden plenamente con los patronos y mentores de MIES) se sintieron cómplices, y sonrieron, incluso alguno le hizo un guiño mirando a Diego Ernesto. Jesús seguía contemplando toda la conversación.

-Además, por aquellos tiempos, llegó un refuerzo enviado desde Aquí –intervino santa Teresita-. El Padre José Antonio, un sacerdote que se unió incondicionalmente a los Misioneros de la Esperanza.

-Fue un apoyo importantísimo para mí, un hombre de Dios. Llegó a Málaga desde Cuenca, debido a problemas de salud. Cuando conoció la Obra MIES se unió a nosotros y aportó mucho. Entre otras cosas le atrajo tu espiritualidad, Teresita, que él había conocido y seguido con anterioridad; fue una "diosidencia" este encuentro con nosotros –comentó Diego Ernesto-. Cuando falleció muchos años después, todos lo echábamos de menos, pero yo lo sentía muy cerca, sabía que estaba Aquí y que desde Aquí haría muchas cosas por MIES. Tengo ganas de verlo...

-Todo a su tiempo, Ernestito -dijo riendo la Virgen.



De nuevo las risas llegaron a la sala; la conversación se interrumpió durante unos segundos debido a las carcajadas de todos los miembros del Comité de Bienvenida.

-Un gran salto de MIES fue la expansión de la Obra por otras provincias: Córdoba, Alicante, Madrid, Badajoz, La Mancha. En todos esos lugares surgieron vocaciones para ser MIES de jóvenes, hombres y mujeres, siguiendo el carisma, formando centros infantiles y juveniles, con amor y devoción a la Virgen –recordó san Juan Evangelista.

-Tú te dedicabas a visitar todos los centros de Málaga y también los de las otras provincias, hiciste numerosos viajes y cada mes te desplazabas a Sevilla para hacer una visita a las imágenes que tanto te llevaban a mi Hijo, y a Mí, y te hacían tanto bien para continuar la tarea. Eran como una conexión directa desde Aquí contigo de forma muy especial –señaló María.

-Mientras la Obra MIES iba creciendo también te sucedieron algunas cosas interesantes. Por ejemplo, del piso de calle Mármoles la sede de MIES pasó a otra casa más grande en calle García Briz. En ese nuevo piso había una modesta capilla con una imagen de la Macarena, y otras obras artísticas realizadas por ti. También se formó una fraternidad, un grupo de personas que compartían techo, comida, oración, vida... Tú te uniste a la fraternidad casi desde el principio y también tu madre, doña Mercedes, que se había quedado viuda tras el paso de don Andrés, tu papá, a este lugar –dijo Carlos de Foucauld.

-Desde entonces siempre viví en fraternidad. Durante varios años estuvimos allí, en el piso de García Briz, pero algún tiempo más tarde nos mudamos a una casa en Calle Carretería, muy cerca de varias iglesias con imágenes que me ayudaban mucho en mi vida espiritual. Buscaba y buscaba tu rostro, Jesús, pero cuando alguno me llenaba, pasaba un poco

de tiempo y, en seguida, me saciaba y seguía mi búsqueda –dijo Diego Ernesto con lágrimas en los ojos.

-Años más tarde, y volviendo a la historia de MIES, llegamos a un momento importante que debemos recordar, pues lo tenías pendiente desde niño: la misión a países más pobres –advirtió san Juan Bosco.

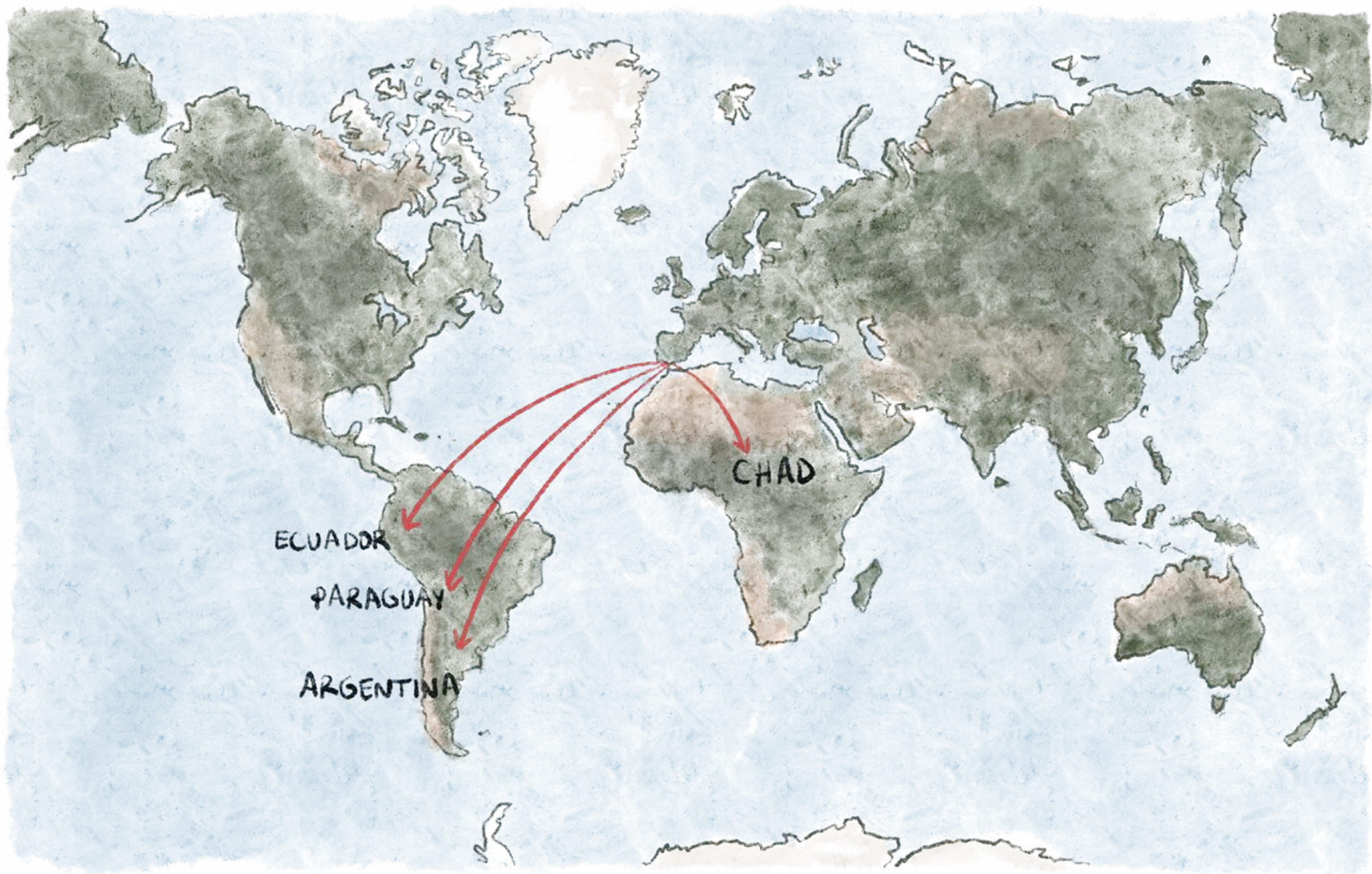
- En concreto a Ecuador, a la ciudad de Manta. Se ofrecieron tres MIES, tú no podías por tu salud pero tus hijos espirituales ya estaban en la misión. Se cumplía lo que aquel obispo te anunció el día de tu comunión delante de la imagen de la Macarena –dijo santa Teresita.

- Y después de Ecuador, Paraguay, Argentina... y muchos lugares más del mundo donde hay infancia y juventud que necesita conocer a Jesús – confirmó con gran alegría san Juan Evangelista.

-Miles de niños y jóvenes han pasado por los centros MIES del mundo. Algunos solo han pasado un rato agradable; otros han experimentado el encuentro con mi Hijo, muchos descubrieron la llamada de Dios para también ser MIES y seguir el camino iniciado por ti, otros siguieron diferentes caminos dentro de la Iglesia, también buenos y santos. Pero todos pueden decir que se han sentido queridos y amados por los responsables, transmitiendo el Amor que desde aquí emitimos para que llegue a cada corazón –hizo constar la Virgen.

-Entre las actividades que más han enganchado a los niños y jóvenes de todo el mundo se cuentan los campamentos –comentó san Francisco.

-Al principio no me parecía muy conveniente que los muchachos se fueran al campo tantos días, no veía muchos beneficios, y sí muchos inconvenientes... pero una vez se fueron desarrollando año a año, me di cuenta de los grandes frutos que daba esa actividad –añadió Diego



Ernesto—. Pero mi salud tan delicada me impedía ir a los campamentos, así que de eso se encargó casi totalmente el Padre José Antonio. Yo visitaba todos los turnos al menos un día, aunque lo pasaba realmente mal en los desplazamientos hasta los lugares donde se celebraban los campamentos cada año.

-Otro asunto interesante ha sido el gran número de vocaciones sacerdotales que MIES ha dado a la Iglesia... En todas las provincias han surgido sacerdotes MIES entregados a la tarea de la evangelización, allí donde la Iglesia los ha destinado –intervino Carlos de Foucauld.

-También me gustaba visitar a los muchachos en el seminario mientras se preparaban para ser curas, y de paso recordaba mis años allí. Era emocionante ver a aquellos chicos que en poco tiempo serían los sacerdotes del mañana –señaló Diego Ernesto con alegría.

-Yo quiero destacar tu actitud con respecto a MIES. Siendo el fundador, no te atribuiste el gobierno de la Asociación, dejaste que se eligieran los responsables y tú te mantenías al margen, permitiendo que ellos, guiados por el Espíritu, lo dirigieran todo. Tú serías la garantía en cuanto al carisma pero el timón del barco lo llevaban otros –matizó san Juan Bosco.

En ese momento Diego Ernesto cierra los ojos y escucha a su Mentor con la cabeza agachada, quiere demostrar su humildad. Los demás lo miran con ternura.

**LA VIDA EN EL CIELO
ES TODO CONSUELO**



-Bueno, hemos terminado... Podríamos destacar muchos más detalles, muchas anécdotas pero con todo esto tenemos suficiente para que todos los habitantes del Cielo puedan saber de ti -dijo la Virgen María.

-¿Y ahora, qué? -preguntó intrigadísimo Diego Ernesto.

-Pues ahora a vivir el gozo de estar Aquí para siempre. ¡Eternamente feliz! -gritó la Virgen María-. ¿Has notado algo distinto a tu vida en la tierra?

-Sinceramente no, creo que continuó con la misma alegría que antes.

-Exactamente lo mismo que le ha pasado a la mayoría de los habitantes del Cielo -comentó Santa Teresita.

-Pero sí he experimentado desde que llegué una brisita, un aire fresco constante. Un viento muy agradable. Al igual que la luz, todo tiene una iluminación especial, nada está oscuro, todo resplandece, pero mis ojos pueden aceptar ese brillo sin problema.

-Eso es cosa del Espíritu Santo; ha estado presente todo el rato mientras conversábamos -señaló san Juan Evangelista.

-Pues no lo he visto en ningún momento, ¿estaba escondido, oculto por algún sitio?

-Al contrario, está presente de forma invisible, pero dando vida constantemente, está en ese aire fresco, en las antorchas encendidas, en las cortinas invisibles que envolvían toda la habitación. Él es Quien nos da

la fuerza, la energía. Aquí en el Cielo y también en la vida terrenal -refirió con elegancia Carlos de Foucauld.

-Es cierto, en tantas ocasiones se hizo presente en mi vida...

Diego Ernesto se acerca al oído de la Virgen y le dice en voz bajita:

-¿Y Jesús? ¿No dice nada? Llevo todo el rato observando con detenimiento y veo que no ha hablado nada. Aunque te digo la verdad... no me hace falta, con mirarle a los ojos me es suficiente.

-¡Ja, ja, ja! -rio la Virgen María.

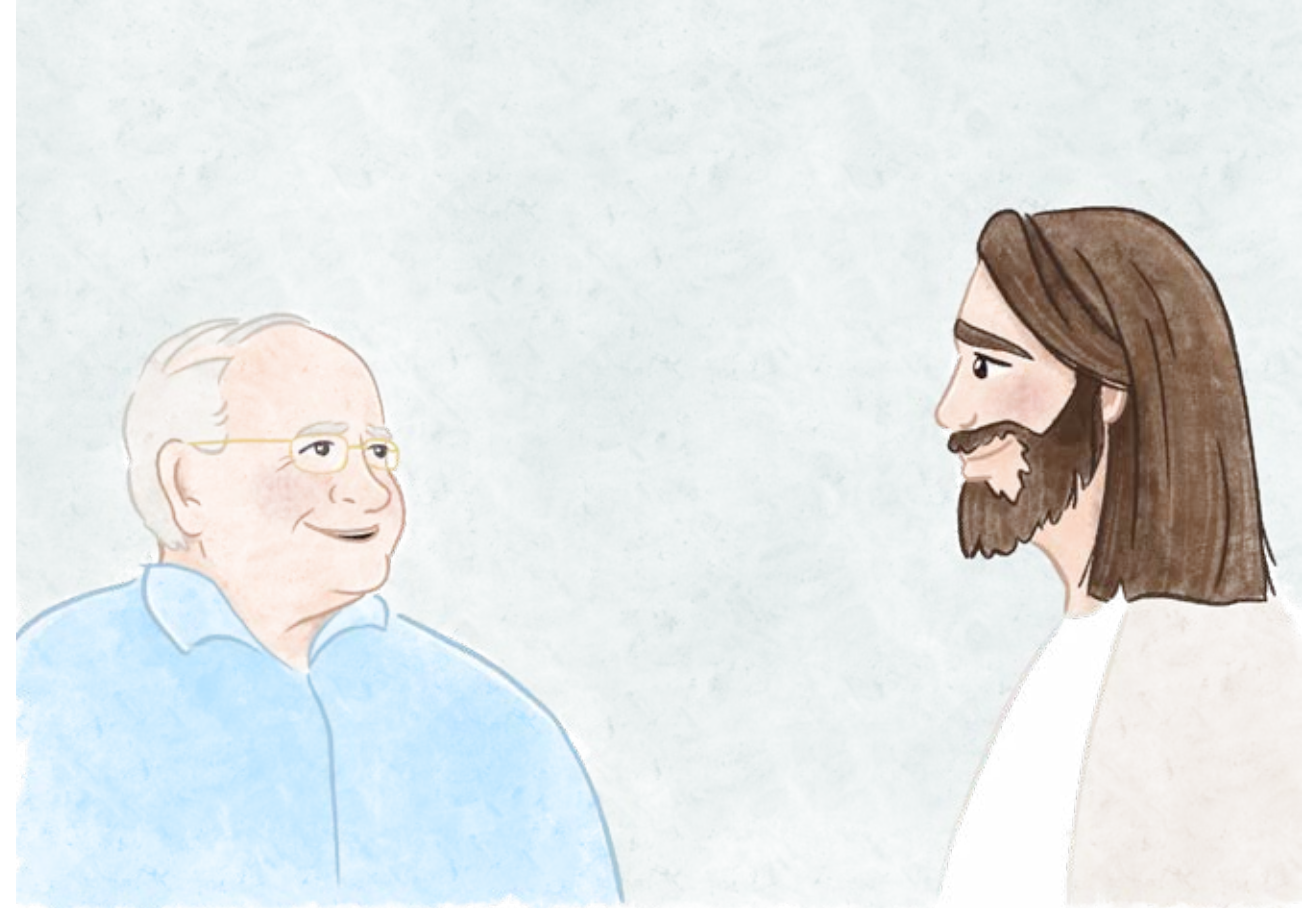
Aunque Diego Ernesto había procurado decirlo en voz baja, todos escucharon perfectamente lo que había dicho. Y es que en el Cielo no hay secretos, todos saben todo de todos.

Todos reían también, incluido Jesús, que miraba con misericordia y ternura a Diego Ernesto.

-Mi Hijo no es mudo, te lo aseguro. Habla al corazón, trasmite su Amor por gestos, simplemente ama. No dice nada con la boca porque ya dijo todo en su tiempo en la Tierra, y quedó puesto por escrito en los cuatro Evangelios. Ahí se puede entender su Mensaje de Amor con toda claridad, a partir de ese tiempo se ha dedicado a amar a cada persona que ha existido, existe y existirá.

Él ríe, llora, guiña el ojo, hace la señal del pulgar arriba, lanza besos, saluda, da abrazos, besa... Quiere a cada persona en particular, individualmente. No juzga; sufre con el pecado de cada uno, pero no condena, es siempre el Amigo que no falla.

Mientras la Virgen está explicando todo esto, Jesús mira fijamente a Diego Ernesto, y Diego Ernesto igualmente lo mira. Tras unos segundos, vuelven a abrazarse como en el inicio de su llegada al Cielo.



Todos miran emocionados esta nueva muestra de cariño, nadie interrumpe este momento de Amor para Siempre.

Mientras dura el abrazo, Diego Ernesto se atreve a decir algo más, aunque le cuesta que las palabras salgan de su boca:

-¿Y ahora puedo hacer algo por MIES, por los niños y jóvenes más desfavorecidos? Siempre pensé y soñé que desde el Cielo podría hacer aún más que todos mis esfuerzos y sacrificios en la Tierra.

-Claro que sí, cariño -le dijo con ternura la Virgen-. Puedes influir en los corazones de las personas, puedes enviar tu ilusión, tu amor, tu ejemplo... con todas tus fuerzas. Los de la tierra en su actitud de oración recibirán todo esto, aunque nosotros ya lo hicimos contigo y seguiremos haciéndolo unidos a ti.

Tras un largo rato de abrazo, los dos se separan, pero Diego Ernesto se coge del brazo de Jesús.

La última pregunta -dijo emocionadísimo Diego Ernesto- ¿y Dios Padre? He visto al Hijo, he experimentado la presencia agradable del Espíritu Santo... Pero no he sentido nada con respecto al Padre.

María lo cogió del hombro y le dijo con Amor: El Padre es invisible y superior a todo, está por encima del Cielo y de la Tierra, es AMOR. Todo lo que podemos amar viene de Él; Él lo puede todo y lo ha creado todo. Está envolviendo todo: Cielo y tierra, el Universo entero está dentro de Él; no se puede representar, se puede sentir, podemos dejarnos amar por Él. Está presente en todo.

-¡Caramba! Es cierto, solo podemos ver huellas del Padre, tanto en la tierra como en el Cielo – comentó Diego Ernesto sorprendido.

-Y a partir de este momento, disfruta para siempre en el Cielo, ahora podrás ver a tus padres, a san Gabriel de la Dolorosa, a Miguelito Moreno, al padre José Antonio, y a tantos santos, personas, Misioneros de la Esperanza que han llegado al Cielo antes que tú -observó la Virgen María.

Y puedes preparar la bienvenida a los que irán llegando detrás de ti en el tiempo.

¡VIVE FELIZ PARA SIEMPRE!



¿En serio? ¿No conoces a Diego Ernesto? Pues... ¡No sabes a quien te pierdes! No te preocupes, yo te lo voy a presentar. Lee este libro con atención, no es muy largo, pero te cuenta muchos detalles de su vida, dedicada a que los niños y niñas como tú, conocieran a Jesús y a su Madre María.

¿Y cómo lo hizo? Pues él descubrió que la vida con Dios es mucho mejor, por eso, advirtiéndolo que había muchos niños, niñas y jóvenes que no lo conocían y no eran felices, se puso manos a la obra y se le ocurrió... ¡tachán!... formar un grupo al que llamó Misioneros de la Esperanza, ¿a que suena bonito? Desde entonces, mucha gente joven y no tan joven ha conocido a Dios gracias a Diego Ernesto y a los Misioneros de la Esperanza (MIES).

Si quieres conocer su historia gira este libro y... ¡empieza a leer!